

RUBEN DARIO «FIN DE SIGLO»

POR

LUIS S. GRANJEL

En el presente trabajo quiero evocar, de la existencia de Rubén Darío, el episodio de sus estancias en España, en Madrid, y de ellas, por ser la más importante, sobre todo la segunda, que dio comienzo al iniciarse el año 1899 y concluyó en la primavera del siguiente año. Tuvo entonces lugar su encuentro con los literatos de la promoción de la Regencia, y de tales fechas data también la más temprana relación de Rubén Darío con los poetas españoles de la generación de 1886.

ESTANCIAS EN ESPAÑA

La primera visita de Rubén Darío a España, recién cumplidos los veinticinco años, tuvo lugar en 1892; antes de finalizar dicho año, decisivo en su vida, el poeta haría el descubrimiento de París, ciudad en la que tuvo por guías a Enrique Gómez Carrillo y sobre todo a Alejandro Sawa, a quien después reencontró en Madrid. Llegó a la capital de España en 1892 Rubén Darío como miembro de la delegación que Nicaragua enviaba a los actos conmemorativos del IV Centenario del Descubrimiento. Al margen de las celebraciones oficiales, el joven Rubén se adentra, interesado, en el conocimiento de los círculos literarios de la Corte; trata a Salvador Rueda, y para encabezar su obra *En tropel*, escribe el poema «Pórtico» (1). Recordando este período de su vida en la *Autobiografía* que escribió en 1912 (2), relata cómo hizo amistad con Castelar y el afecto con que le acogió Gaspar Núñez de Arce; hace mención a las reuniones literarias que organizaba en su casa doña Emilia Pardo Bazán, a las que asistió, y proclama su deuda de gratitud con el doctor Verdes Montenegro por haberle presentado a Campoamor; «uno de mis mejores amigos fue

(1) La relación de Salvador Rueda con Rubén Darío, la valoración del influjo por ambos ejercido en la difusión del «modernismo», ha sido objeto de varios estudios cuya mención no cabe aquí realizar: su primer planteamiento se nos ofrece en la obra de ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO: *Salvador Rueda y Rubén Darío* (Madrid, 1908).

(2) *Obras completas*; I; Edit. A. Aguado; Madrid, 1950.

don Juan Valera», puntualiza, y añade cómo en la tertulia que en su hogar se reunía todos los viernes tuvo oportunidad de conocer a don Miguel de los Santos Alvarez; trató a Zorrilla, y por intermedio de Núñez de Arce, a don Antonio Cánovas del Castillo. Como escritor, Rubén Darío era, en 1892, el autor de *Azul* (3), obra favorablemente comentada por Juan Valera en una de sus «Cartas americanas» (1898). Importa destacar cómo las amistades literarias anudadas por Rubén Darío durante su primera estancia en Madrid, hecha excepción de la que entonces inicia con Salvador Rueda, no pueden justificarse por identidades en preferencias literarias, lo que no impidió, sin embargo, que Rubén reafirmara en 1899 su relación con aquellos escritores (Campoamor y Núñez de Arce, Juan Valera y la condesa de Pardo Bazán) y recordara complacido esta amistad en varios artículos de *España contemporánea* (4) y luego en la *Autobiografía*.

Una de las crónicas reproducidas en *España contemporánea* transcribe en detalle una conversación suya con Núñez de Arce; en otro artículo, también incluido en el libro que menciono, Rubén Darío emite opinión sobre la obra poética de Manuel del Palacio, Grillo y Manuel Reina; el mismo libro recoge su criterio acerca de la labor crítica cumplida por Juan Valera y *Clarín*. En la *Autobiografía*, aludiendo a su segunda estancia en la Corte, escribe: «Intimé con el pintor Moreno Carbonero, con periodistas, como el marqués de Valdeiglesias, Moya, López Ballesteros, Ricardo Fuente, Castrovido, mi compañero en *La Nación* Ladevese, Mariano de Cavia y tantos más. Volví a ver a Castelar, enfermo, decaído, entristecido, una ruina, en vísperas de su muerte»; Fernando Díez de Mendoza le presentó a don José Echegaray, y en la librería de Fernando Fe entabla relación con Eugenio Sellés y Manuel del Palacio; en las veladas, a las vez literarias y sociales, de la condesa de Pardo Bazán, torna a dialogar con Valera y Campoamor; conoce al doctor Tolosa Latour, a los cronistas de salones *Montecristo* y *Kasabal*, al político conservador Romero Robledo y al escritor festivo Luis Taboada; también en 1899, dice Rubén Darío en su *Autobiografía*, «trate al maestro Galdós» y «renové mis coloquios con Menéndez y Pelayo».

Retorna Rubén Darío a España, tras su experiencia parisina, queda dicho, al iniciarse el año 1899; breve fue también esta segunda estancia suya en Madrid, pues puso a ella fin en abril del siguiente año; en los siete años transcurridos desde 1892, el poeta había publicado,

(3) La bibliografía de Rubén Darío anterior a 1892 comprende las siguientes obras: *Primeras notas* (Managua, 1885); *Abrojos* (Santiago de Chile, 1887); *Emilina*—novela—(Valparaíso, 1887); *Las rosas andinas* (Valparaíso, 1888), y *Azul...* (Valparaíso, 1888; en 1890 esta obra fue reimpresa en Guatemala).

(4) *Obras completas*; III; Edit. A. Aguado; Madrid, 1950.

en Buenos Aires, en 1896, *Prosas profanas y otros poemas*, y en la misma fecha, en París, *Los raros*. Viene a Madrid Rubén Darío como corresponsal del diario argentino *La Nación*, con la misión de dar a conocer a los lectores del periódico bonaerense la España del Desastre; las crónicas que escribió, fechadas entre el 3 de diciembre de 1898 y el 7 de abril de 1900, pasaron a componer en 1901 el libro *España contemporánea*, obra de lectura obligada para rehacer el período de la vida de Rubén Darío, que aquí se rememora y cuya información, en parte, se repite en la *Autobiografía*. En la primera de las crónicas que escribió desde Madrid (4 de enero de 1899), Rubén hace esta descripción de la Corte a sus lectores argentinos: «dos cafés, llenos de humo, rebosan de desocupados; entre hermosos tipos de hombres y mujeres, las gestas de Cilla, los monigotes de Xaudaró se presentan a cada instante; Sagasta Olímpico está enfermo; Castelar está enfermo; España ya sabéis en qué estado de salud se encuentra, y todo el mundo, con el mundo al hombro o en el bolsillo, se divierte: ¡Viva mi España! Acaba de suceder el más espantoso de los desastres; pocos días han transcurrido desde que en París se firmó el tratado humillante en que la mandíbula del yanqui quedó por el momento satisfecha después del bocado estupendo: pues aquí podría decirse que la caída no tuviera resonancia». Y concluye: «Hay en la atmósfera una exhalación de organismo descompuesto.»

Los artículos que luego pasaron a integrar el volumen *España contemporánea*, salvo uno, muy importante, fechado en Barcelona el 1 de enero de 1899, y otro donde relata un viaje suyo por tierras de Avila, todos tienen por tema la actualidad política y social madrileña y también la vida literaria en la Corte; una crónica se ocupa del rey, aún niño, y en otro artículo habla de la aristocracia; da noticias sobre el mundillo teatral y comenta las exposiciones de arte; toda una crónica la consagra a la casa-museo de don José Lázaro Galdeano, el director y propietario de *La España Moderna*; en un artículo describe el carnaval madrileño y en otra crónica la Semana Santa, ocasión que aprovecha para exponer un duro comentario sobre la religiosidad española. No faltan referencias a la fiesta de toros; años después, en su *Autobiografía*, escribió: «Fuera de mis desvelos y expansiones de noctámbulo, presencié fiestas religiosas palatinas, fui a los toros y alcancé a ver a grandes toreros, como el Guerra», y termina afirmando: «Busqué por todas partes el comunicarme con el alma de España.» En los artículos publicados en *La Nación*, luego reproducidos en *España contemporánea*, hay asimismo referencias a las publicaciones periódicas del momento y noticias sobre libreros y editores; una crónica se ocupa de la Real Academia y los «inmortales»

y otro artículo comenta *La España negra*, de Verhaeren y Regoyos, obra entonces de actualidad.

Con posterioridad a 1900 retornó Rubén Darío a España en diversas ocasiones; de su viaje a Andalucía queda recuerdo en la obra *Tierras solares*; visitó Asturias en el verano de 1905; cuatro años después se instala en Madrid como ministro plenipotenciario de Nicaragua acreditado ante la Corte; a fines de 1912 se encuentra en Barcelona, y al siguiente año, invitado por Juan Sureda, conoce Mallorca. En el transcurso de estos años, Rubén Darío no dejó de mantener relación, personal y epistolar, con poetas y escritores de España, y su firma aparece con cierta regularidad en revistas minoritarias y en algunos diarios de Madrid; en España se editan, como se verá, varios de sus libros y las primeras colecciones de sus *Obras completas*.

AMISTADES LITERARIAS

Mencionada queda su aproximación a varios de los más representativos miembros de la generación literaria que vivía su momento de mayor prestigio en los años de la última década del siglo. Al tiempo que reanuda amistades iniciadas en 1892, Rubén Darío, en los meses de su segunda estancia en Madrid, entra en relación con los componentes de la promoción de la Regencia, «noventayochistas» y «modernistas», y a un tiempo con periodistas, poetas y simples bohemios identificados con estos escritores jóvenes en su actitud rebelde ante los valores consagrados.

En varios artículos, luego reproducidos en *España contemporánea*, Rubén Darío dio a conocer a sus lectores de Buenos Aires a algunos de aquellos literatos jóvenes; en el artículo «La crítica» (5) menciona la labor que entonces cumplían Llanas Aguilaniedo («un estudioso y un reflexivo»), el futuro *Azorín* («curioso y aislado en el grupo de la juventud española que piensa») y Ramiro de Maeztu, un «vasco nietzschista»; en la *Autobiografía* se recoge una nueva mención a Llanas Aguilaniedo y se cita a Manuel Bueno («ilustrado y combativo, célebre como crítico teatral») (6). En el artículo «La joven literatura» (7) se cita a Ganivet, Benavente y Manuel Bueno, y a sus nombres se suma, en la referencia, los de Antonio Palomero, el doctor Verdes Montenegro y Ricardo Fuente, entonces director del diario republicano *El País*. De Unamuno hace Rubén Darío un detenido comentario, destacando su interés por la literatura hispanoamericana.

(5) *Obras completas*; III: 324-31.

(6) *Obras completas*; I: 142.

(7) *España contemporánea*; *Obras completas*; III: 99-112.

En el artículo dedicado a «Los poetas» (8) incluye juicios sobre Salvador Rueda, Vicente Medina y Villaespesa. En la *Autobiografía* (9) describe su amistad con Valle-Inclán y cómo tuvo lugar el encuentro con Unamuno; «con Joaquín Dicenta, cuenta allí, fuimos compañeros de gran intimidad, apolíneos y nocturnos».

Esta amistad con los escritores pertenecientes a la llamada generación del 98 y cuantos con ellos convivían, la afirmó Rubén Darío asistiendo a sus cotidianas tertulias y colaborando en diversas revistas literarias, de las que luego hablaré. Reuniendo nombres, escribe Rubén en el texto de su *Autobiografía*, rememorando al que él fue cuando el siglo moría: «Me juntaba siempre con antiguos camaradas, como Alejandro Sawa, y otros nuevos, como el *charmeur* Jacinto Benavente, el robusto vasco Baroja; otro vasco fuerte, Ramiro de Maeztu; Ruiz Contreras, Matheu y otros cuantos más; y un núcleo de jóvenes que debían adquirir más tarde un brillante nombre: los hermanos Machado; Antonio Palomero, renombrado como poeta humorístico, bajo el nombre de *Gil Parrado*; los hermanos González-Blanco, Cristóbal de Castro, Candamo; dos líricos admirables, cada cual según su manera: Francisco Villaespesa y Juan Ramón Jiménez; *Caramanchel*, Nilo Fabra, sutil poeta de sentimiento y arte; el hoy triunfador Marquina y tantos más» (10).

El texto leído incluye, mencionados por sus nombres, a varios de los escritores pertenecientes al tercer grupo de literatos con quienes sostuvo relación Rubén Darío en Madrid; me refiero a los que realmente representan el «modernismo» en España, pertenecientes por edad a la generación de 1886, todos muy jóvenes al iniciarse el siglo y dar comienzo con él a su labor lírica, y que tuvieron por maestros a Valle-Inclán y Rubén Darío. A los nombres de Antonio y Manuel Machado, de Cristóbal de Castro y Candamo, de los hermanos González-Blanco, Juan Ramón Jiménez, Villaespesa y Eduardo Marquina, iba a añadir luego Rubén Darío en sus recuerdos los de Ramón Pérez de Ayala y Gregorio Martínez Sierra, los de Antonio de Zayas y Mariano Miguel de Val, el del poeta granadino Eduardo de Ory, los de Carlos Fernández-Shaw, Rogelio Buendía y los hermanos Juan Antonio y Jenaro

(8) *Ibid.*; III: 247-57.

(9) *Obras completas*; I: 144.

(10) *Ibid.*; I: 141-42. Este texto de Rubén Darío mezcla, un tanto arbitrariamente, escritores pertenecientes, por edad, a distintas promociones, lo que en cierto modo testimonia a favor de la hipótesis, que yo acepto, de cómo la postura no conformista, en lo literario sobre todo, adoptada por los escritores de la promoción de la Regencia fue compartida por literatos mayores que ellos en edad y asimismo por aprendices de escritor que siguiendo un criterio cronológico hay que adscribir a la que Julián Marías propone titular generación de 1886. Una última aclaración: *Caramanchel* es seudónimo del escritor RICARDO CATARINEU LÓPEZ GRADO (cf. LUIS S. GRANJEL: *La generación literaria del noventa y ocho*; edic. Anaya; Salamanca, 1966).

Cavestany; ya adentrado el nuevo siglo, Rubén Darío sostuvo asimismo relación con Sofía Casanova y Carmen de Burgos (11). En su artículo «Nuevos poetas de España», recogido en el volumen *Opiniones* (1906), Rubén Darío enjuicia, siempre con elogios, la labor poética de los hermanos Machado, de Ramón Pérez de Ayala y Antonio de Zayas, de Villaespesa, Juan Ramón Jiménez y Andrés González-Blanco. En la *Autobiografía* (12), recordando los comienzos de esta amistad suya con los poetas jóvenes, dando testimonio del influjo que sobre ellos ejerció, proclama con manifiesta complacencia: «esparcí entre la juventud los principios de libertad intelectual y de personalismo artístico... La juventud vibrante me siguió, y hoy muchos de aquellos jóvenes llevan los primeros nombres de la España literaria».

TERTULIAS Y REVISTAS

La figura de Rubén Darío, sus silencios, se hicieron habituales en varias de las tertulias donde a diario, en aquel provinciano Madrid finisecular, reafirmaban su vocación los escritores jóvenes. Asistió Rubén Darío a la tertulia literaria del Café de Madrid, que presidían Valle-Inclán y Benavente, y en ella convivió con Alejandro Sawa, Cornuty, Bargiela y Rafael Urbano, los dibujantes Francisco Sancha y Lealda Cámara, Ramiro de Maeztu, los hermanos Baroja, Antonio Palomero y Adolfo Luna, entre otros. En el Café de Madrid lo conoció Ricardo Baroja, autor del primer retrato literario hecho a Rubén Darío en España: «Es corpulento, dice Ricardo Baroja, recordando al que era en 1899 (13), de cabeza gruesa. El cabello negro tiene tendencia ligera a arrollarse en pasa. Brazos cortos, manos y pies breves. Se sienta en lugar principal... En su tez aceitunada apenas se entreabren los ojos pequeños, negrísimos, velados por esa vaga nostalgia que presta el sol ecuatorial a los hombres de raza negra. Sus ademanes son tardos; parece anquilosado bajo el chaleco y chaqué que le oprimen el torso. Apenas habla, parece que tampoco escucha; pero cuando Palomero lanza, con su voz cavernosa, algún sarcasmo; cuando Benavente hace algún epigrama o Valle-Inclán sentencia, él paralizado personaje murmura:

(11) De estas amistades literarias hay testimonios en las obras de Rubén y asimismo en su epistolario (cf. DICTINO ALVAREZ: *Cartas de Rubén Darío*; Madrid, 1963).

(12) *Obras completas*; I: 147.

(13) RICARDO BAROJA: «Dramatis personae», *Gente del 98*, 19. Barcelona, 1952. Otros recuerdos de la existencia de Rubén Darío en Madrid son rememorados por RICARDO BAROJA en su artículo «Timidez, valor y alcoholismo» (*Ibid.*, 69-73).

—¡Admirable! ¡Admirable! —y torna a su inmovilidad de Buda en éxtasis.

Entre los labios gruesos de su boca silenciosa pasan hacia dentro ríos de cerveza, y a medida que la mesa se llena de botellas vacías los ojos del bebedor son más opacos.

El incansable bebedor es el poeta Rubén Darío.»

Asiste también a las reuniones que los miércoles celebra en su casa Luis Ruiz Contreras; fue presentado por Antonio Palomero, y en aquella tertulia hogareña conversa con el anfitrión, con Ricardo Fuente, Adolfo Luna y Rafael Delorme, con Joaquín Dicenta, con Benavente, Valle-Inclán, el futuro *Azorín*, Pío Baroja, Maeztu y Manuel Bueno. Acudió Rubén Darío a la tertulia del Café de Fornos, en la que eran habituales Joaquín Dicenta y Alejandro Sawa, y entre otras, en fechas posteriores, a la fundada por Valle-Inclán en el nuevo Café de Levante, en la cual, en épocas distintas, hicieron número, en compañía de pintores y dibujantes, Pío Baroja y *Azorín*, Alejandro y Miguel Sawa, Cornuty, Bargiela y Rafael Urbano, los hermanos Machado, *Silverio Lanza* y Manuel Bueno. Entre los escritores que eran jóvenes al finalizar el siglo, Rubén Darío gozó de indiscutible prestigio; Melchor de Almagro San Martín, rememorando su temprana relación con las tertulias de «modernistas» y «noventayochistas», encabezadas, respectivamente, por Valle-Inclán y Benavente y por Baroja y el futuro *Azorín*, nos dice cómo a despecho de indudables disparidades estéticas e ideológicas, «ambas tertulias caen de acuerdo en la admiración por Rubén Darío, a quien consideran el más grande poeta español de los tiempos modernos» (14).

Desde su primera estancia en Madrid, Rubén Darío colaboró en muy disparejas publicaciones periódicas y en algunos diarios de la Corte; textos luego recogidos en *Prosas profanas* fueron primero publicados, desde 1892, en *La Ilustración Española y Americana*; artículos y poesías suyos aparecieron en *Madrid Cómico* y *Blanco y Negro*; durante algún tiempo escribió en *Heraldo de Madrid*. En la revista *Ateneo*, que gobernaba su amigo Mariano Miguel de Val, publicó entre 1906 y 1912 estudios sobre Amado Nervo y Balbino Dávalos, la semblanza de Alfonso XIII y los textos poéticos «Marcha triunfal», «En el Luxemburgo», «A Mistral» y «Era un aire suave» (15). Importa destacar de este capítulo de la actividad literaria de Rubén Darío su contribución a las revistas, todas de efímera existencia, fundadas unas

(14) MELCHOR DE ALMAGRO SAN MARTÍN: *Biografía del 1900*, III, 2.^a edic. Madrid, 1944.

(15) El Ateneo madrileño organizó en 1912 una fiesta en honor de Rubén Darío, interviniendo en ella Benavente y Joaquín López Barbadillo; los trabajos que ambos leyeron en aquella ocasión los publicó, el mismo año, la revista *Ateneo*.

por los escritores de la promoción de la Regencia y otras por los poetas pertenecientes a la generación de 1886.

En 1899 encabeza el primer suplemento mensual «América», que publicó la revista *Vida Nueva*. El mismo año, en su número de 15 de septiembre, el nombre de Rubén Darío figura en *Revista Nueva*, la publicación de Ruiz Contreras, como director de su redacción hispanoamericana; a esta revista aportó Rubén Darío una inicial ayuda económica, integrando su colaboración literaria tres artículos, un comentario crítico, el relato «Cuentos del Simorg. El Salomón negro», dos entregas poéticas de «Dezires, layes y canciones» y otras dos entregas de «Las ánforas de Epicuro» (16); en *Revista Nueva*, el hecho merece destacarse, tuvo lugar la verdadera vinculación de Rubén Darío al grupo que entonces componían los escritores jóvenes, «modernistas» y «noventayochistas» (17). En *La Vida Literaria*, revista también de 1899 y que durante un tiempo dirigió Benavente, se publican versos de Rubén Darío, compartiendo las páginas de esta publicación con colaboraciones de Jacinto Benavente y Valle-Inclán y textos poéticos de Juan Ramón Jiménez, entre otros. Importante fue la contribución hecha por Rubén a la revista *Electra* (1901), publicando en los siete números que integran su colección cuatro colaboraciones; aquí su nombre aparece ligado a los de Salvador Rueda y Valle-Inclán, Villaespesa, Antonio y Manuel Machado y Juan Ramón Jiménez. En el archivo de Rubén Darío figura la carta, fechada en 1904, donde *Azorín* solicita su colaboración para *Alma Española*; en esta revista, cuya edición dio comienzo a fines de 1903, el nombre de Rubén hace compañía a los escritores de la promoción de la Regencia, a las firmas de Dicenta y Alejandro Sawa y del grupo de literatos más jóvenes a las de Juan Ramón Jiménez y Ramón Pérez de Ayala.

Especial significación ha de concederse a la contribución literaria hecha por Rubén Darío a las revistas propiamente «modernistas», fundadas por los poetas de la generación de 1886; me refiero a *Helios* (1903-1904) y *Renacimiento* (1907); también estuvo presente Rubén en *El Nuevo Mercurio* (1907), revista dirigida por Enrique Gómez Carrillo, de la que fueron colaboradores, entre otros, Manuel Machado y Gregorio Martínez Sierra. En la revista *Helios*, vencida una negativa inicial motivada por razones económicas, de la que dan noticia varias cartas intercambiadas con Juan Ramón Jiménez, Rubén Darío publicó

(16) Sobre la colaboración de Rubén Darío en *Revista Nueva*, cf. LUIS S. GRANJEL: *Biografía de «Revista Nueva»* (Salamanca, 1962). Una excelente información general sobre las publicaciones que fundó la generación de 1898 la ofrece el libro de DOMINGO PANIAGUA: *Revistas culturales contemporáneas, I. De «Germinal» a «Prometeo»* (Madrid, 1964).

(17) Cf. L. RUIZ CONTRERAS: «Rubén Darío y poetas americanos», *Memorias de un desmemoriado*, 247-59. Madrid, 1946.

el «Soneto a Cervantes», dedicado a Ricardo León, la «Oda a Roosevelt» y algunos artículos. En *Helios* figuran incondicionales elogios a la obra poética de Rubén; en una nota de la sección «Glosario», correspondiente al número de febrero de 1904, y escrita por Juan Ramón Jiménez, se lee: «La gente sigue ignorando quién es Rubén Darío. Rubén Darío es el poeta más grande que hoy tiene España, grande en todos los sentidos; aun en el de poeta menor. Desde Zorrilla nadie ha cantado de esta manera... Este maestro moderno es genial; es grande, es íntimo, es musical, es exquisito, es atormentado, es diamantino. Tiene rosas de la primavera de Hugo, violetas de Bécquer, flautas de Verlaine y su corazón español. Vosotros no sabéis, imbéciles, cómo canta este poeta» (18). En *Helios*, Martínez Sierra emitió favorable juicio de la obra *La caravana pasa*, de Rubén, y el propio Juan Ramón Jiménez del libro *Peregrinaciones*. Rubén Darío correspondió a este fervor que por su obra mostraron los editores de la revista haciendo de ella este elogio: «es lo más brillante que hoy tiene la prensa española. Todos los redactores, cosa rara, valen». Si en *Vida Nueva* y *Revista Nueva*, en *Electra* y *Alma Española*, Rubén Darío compartió afanes literarios con los escritores de la promoción de la Regencia, en *Helios*, como antes en *La Vida Literaria*, y poco después en *El Nuevo Mercurio* y *Renacimiento*, convive con los poetas de la generación de 1886, de quienes se consideró, y no sin razón, inspirador y maestro.

En *Renacimiento*, la gran revista del modernismo, gobernada por Gregorio Martínez Sierra, no faltó la colaboración de Rubén Darío; en esta revista vuelve a encontrarse con los poetas jóvenes: Antonio y Manuel Machado, Marquina y Martínez Sierra, Juan Ramón Jiménez, Díez Canedo y Andrés González-Blanco; también con Benavente, Salvador Rueda y Villaespesa, entre otros. En *Renacimiento* se publicó el estudio sobre Rubén de Elysió de Carvallo y Antonio Machado dio a conocer su elogio «Al maestro Rubén Darío», que tuvo por respuesta la famosa «Oración» de Rubén, la que concluye con los versos:

*Montado en un raro Pegaso
un día al imposible fue.
Ruego por Antonio a mis dioses,
ellos le salven siempre. Amén.*

El empeño manifestado por los escritores jóvenes en conseguir la colaboración de Rubén Darío en sus empresas literarias fue correspondido con el interés mostrado pocos años después, en 1911, por Rubén

(18) En una de las cartas a Rubén de Juan Ramón Jiménez, buscando su colaboración para *Helios*, dice quien la firma: «creo que usted es el primer poeta de los que hoy escriben en castellano y con una gran superioridad sobre todos».

en vincular a varios escritores españoles a *Mundial Magazine*, la revista que él dirigía en París.

De la aproximación a España, evidente en la vida de Rubén Darío desde 1899, a la que le ligaron lazos afectivos que aquí no pueden ser tema de comentario, atestiguan, con los datos aducidos, el que fuesen editoriales de Madrid y Barcelona las encargadas de difundir su labor de escritor. En 1899 el editor madrileño Rodríguez Serra publica su folleto *Castelar*; en 1905, la Casa Maucci, de Barcelona, reimprime *Los raros*, y dos años después la editorial, también barcelonesa, de Francisco Granada reedita *Azul...*, encabezándose su texto con el juicio que de esta obra emitió, en su día, Juan Valera. *Tierras solares* fue impresa en Madrid, en 1904, en la Biblioteca Nacional y Extranjera, empresa editora de Leonardo Williams. En 1905, y asimismo en Madrid, aparece la primera edición de *Cantos de vida y esperanza*, habiendo cuidado su impresión Juan Ramón Jiménez; en años sucesivos aparecen, editadas por la librería madrileña de Fernando Fe, *Opiniones* (1906) y *Parisiana* (1908). La edición de *El canto errante*, que Rubén Darío dedicó «a los Nuevos Poetas de las Españas», la hizo, en 1907, la Casa Pérez Villavicencio, apareciendo en su «Biblioteca Nueva de Escritores Españoles», cuya asesoría literaria estaba encomendada a Alberto Insúa; en la impresión de esta obra intervinieron Martínez Sierra y Valle-Inclán, este último al gestionar, sin resultado, la edición del libro en la imprenta de Pueyo. La Biblioteca de la revista *Ateneo*, dirigida por Mariano Miguel de Val, editó de Rubén Darío *El viaje a Nicaragua* (1909), el folleto *Alfonso XIII* (1909) y *Poema del otoño y otros poemas* (1910). En 1914, la «Biblioteca Corona», que fundaron Enrique de Mesa y Ramón Pérez de Ayala, publica el *Canto a la Argentina*; el mismo año aparece en esta colección la obra *Muy siglo XVIII*, y en 1915 la titulada *Muy antiguo y muy moderno*. En los primeros años del siglo se publicaron en París *España contemporánea* y *Peregrinaciones*, obras ambas impresas en 1901, *La caravana pasa* (1903) y la *Oda a Mitre* (1906).

En España se realizan las ediciones de *Obras completas*, de Rubén Darío; la primera, que es aún sólo de *Obras escogidas*, fue impresa por la Editorial Sucesores de Hernando, de Madrid, en 1910; de sus tres volúmenes, el primero recoge un amplio estudio crítico de Andrés González-Blanco. La Editorial Mundo Latino publicó entre 1917 y 1919 una colección de *Obras completas*, de Rubén Darío, en veintidós volúmenes, a la que puso prólogo Alberto Ghirardo; en 1921 la Editorial Renacimiento, titulándola «Biblioteca de Rubén Darío, hijo», inició la impresión de una nueva *Opera omnia*, publicando de ella siete volúmenes: dos años más tarde, la misma empresa editora realiza otra

impresión de *Obras completas*, ordenada por Alberto Ghirardo y Andrés González-Blanco; la edición concluye en 1929 y totaliza veintiún volúmenes.

RECUERDOS PERSONALES

En lo que antecede quedan hechas diversas alusiones, y citados los textos que las confirman, a los recuerdos que de sus estancias en España ofrecen, en el cuerpo de sus obras, varios escritores que en Madrid trataron a Rubén Darío. Desde 1899 Rubén Darío anudó amistad con Valle-Inclán, y a probarlo acuden el «Soneto Autumnal al Marqués de Bradomín», firmado por Rubén y que figura al frente de la *Sonata de Primavera* (1904); de Rubén, y retrato poético de Valle-Inclán, es el famoso soneto que comienza con el verso «Este gran don Ramón, de las barbas de chivo», y suya es, por último, la «Balada laudatoria que envía al Autor el Alto Poeta Rubén», con la que se encabeza la obra de Valle-Inclán *Voces de gesta* (1912). En un artículo reproducido en su obra *Leyendo a los poetas*, y en un capítulo del libro *Madrid* (19), Azorín recuerda la visita que hizo a Rubén Darío en Asturias, en San Esteban de Pravia, adonde acudió acompañado por Ramón Pérez de Ayala; en el artículo, fechado a 27 de enero de 1914, titulado, escuetamente, «Rubén Darío», escribe Azorín: «Tres poetas ha habido en España modernamente: dos de lengua catalana, uno de lengua castellana. Los catalanes son Verdaguer y Maragall; el castellano, Rubén Darío»; «a él, añade, se debe una de las más grandes y fecundas transformaciones operadas en toda nuestra historia literaria», y sigue, completando este juicio crítico: «Tres son los poetas que vemos en Rubén. Uno es el primitivo, el que pudiéramos llamar *versallesco*, el de Colombina, el de Pierrot, el de los refinamientos sutiles y triviales. Otro es el de los poemas y cantatas heroicas: Roosevelt, Colón, Don Quijote, la América precolombina, etc. El tercero es el poeta de la tristeza íntima —íntima e inconsciente—, de las confidencias, de las tribulaciones, del rodar perdurablemente por el mundo. De todos estos poetas, el que preferimos es el último. Rubén Darío ha llegado en las poesías de esta última manera a un grado supremo de trascendencia y de sensibilidad»; para confirmar este juicio Azorín recuerda los textos poéticos de Rubén titulados «Lo fatal», «Canción de otoño en primavera» y «Then».

Importante es la opinión que de Rubén Darío elaboró Unamuno; de la amistad entre ambos quedan testimonios epistolares. En varias

(19) AZORÍN: «Rubén Darío». *Leyendo a los poetas*, *Obras completas*, VII, 802-06. Madrid, 1948. *Ibíd.*, Madrid, cap. XI, *Obras completas*, VI, 211-13. Madrid, 1948.

ocasiones Miguel de Unamuno expuso su juicio sobre la personalidad humana y la obra de Rubén (20), quien por su parte fue la primera voz autorizada que elogió la labor poética de Unamuno (21). En el primero de los dos artículos que Miguel de Unamuno escribió a la muerte de Rubén, el publicado en el diario argentino *La Nación*, Unamuno muestra preferencia, de su obra poética, por los versos más íntimos y suyos, que no son, advierte, los que recitan y gustan «los jóvenes modernistas, más o menos melencólicos»; aludiendo ahora al hombre que fue el poeta, añade: «Darío no era apasionado. Era más bien sensual; sensual y sensitivo. No era la suya un alma de estepa caldeada, seca y ardiente. Era más bien húmeda y lánguida, como el Trópico en que naciera. Y muy infantil», rasgos temperamentales estos, puntualiza, que ayudan a entender por qué entre ambos no llegó a fraguar una verdadera compenetración, pues nunca dejaron de sentirse extraños: «yo debía parecerle a él duro y hosco; él me parecía a mí sobrado comprensivo». En su artículo «Hay que ser justo y bueno, Rubén!», tras dolerse de la frase despectiva por él pronunciada un día y que tuvo como réplica una sincera y noble carta de Rubén, fechada a 5 de septiembre de 1907, Unamuno ahonda, como a él gustaba hacer, en la humanidad de Rubén Darío, en su intimidad, y luego de hablar del hombre, refiriéndose ahora a su obra, escribe: «Nadie como él nos tocó en ciertas fibras; nadie como él utilizó nuestra comprensión poética. Su canto fue como el de la alondra; nos obligó a mirar a un cielo más ancho, por encima de las tapias del jardín patrio en que cantaban, en la enramada, los ruiseñores indígenas. Su canto nos fue un nuevo horizonte, pero no un horizonte para la vista, sino para el oído».

De su relación con los poetas de la generación de 1886, aquellos, recuérdese, sobre los que Rubén confesó haber ejercido influjo, quedan también testimonios escritos muy valiosos para quien pretenda rehacer la personalidad de Rubén Darío. El más rico en pormenores es el que

(20) UNAMUNO dedicó a Rubén su artículo «Sobre la literatura hispano-americana» (*La Nación*, Buenos Aires, 19, V, 1899); en 1901, en *La Lectura*, enjuició el libro *España contemporánea*. Con ocasión de la muerte de Rubén Darío, escribió MIGUEL DE UNAMUNO dos amplios artículos; el primero: «De la correspondencia de Rubén Darío», apareció en *La Nación*, de Buenos Aires (10-V-1916), y se reproduce en las *Obras completas*, de UNAMUNO (VIII, 531-41. Madrid, 1958); el segundo: «¡Hay que ser justo y bueno, Rubén!», lo publicó la revista madrileña *Summa*, en su número de 15 de marzo de 1916 (*Obras completas*, de UNAMUNO, VIII, 518-23). Este último artículo constituyó pieza capital del homenaje que a Rubén Darío ofreció la revista *Summa* en dicho número, y en el que colaboraron, entre otros, JOSÉ CARNER, BERNARDO G. DE CANDAMO, SALVADOR MARTÍNEZ CUENCA y MANUEL MACHADO, este último con su soneto «Épitafo».

(21) «Unamuno, poeta»; *La Nación*, Buenos Aires, 2-V-1909; este artículo, luego incluido en el volumen *Semblanzas* (1912), lo utilizó UNAMUNO para prologar su obra *Teresa* (1924).

nos ofrece Juan Ramón Jiménez en su artículo, de 1936, sobre Valle-Inclán (22); en él la figura de Rubén aparece ligada a la de Valle, tal como los vieron a diario, en el Madrid finisecular, los escritores más jóvenes. Juan Ramón Jiménez rememora cómo a sus diecisiete años, con la compañía de Villaespesa, se acercó por vez primera a Valle-Inclán al tiempo que don Ramón leía, declamándolos, los alejandrinos parnasianos de «Cosas del Cid», de Rubén, publicados en un número de *La Ilustración Española y Americana*; tenía lugar la escena en Casa de Pidoux, un local estrecho, largo y hondo; feo, sucio e incómodo; «lo único bueno —escribe Juan Ramón—, al parecer, es el alcohol en sus múltiples destilaciones y etiquetas. Rubén Darío pide una vez y otra vez «whisky and soda», coñac Martell tres estrellas». Rubén escucha «estático» a Valle; «Rubén Darío, botarga, pasta, plasta, no dice más que "admirable" y sonríe un poco, linealmente, más con los ojillos mongoles que con la boca fruncida». De Rubén, Juan Ramón Jiménez recuerda sobre todo, como Ricardo Baroja, sus silencios, el uso del adjetivo «admirable». La semblanza de Rubén Darío trazada por Juan Ramón Jiménez en 1940 nos presenta al hombre dominado por «el efluvio de Venus», mareado siempre «de la Venus», «siempre Venus vijilándolo, desde la juventud». Rubén Darío respondió a la temprana admiración de Juan Ramón Jiménez con un examen elogioso de su obra poética, el artículo «La tristeza andaluza», recogido en *Tierras solares*; en él, y aludiendo concretamente a su libro *Arias tristes*, escribe: «Desde Bécquer no se ha escuchado en este ambiente de la península un son de arpa, un eco de mandolina más personal, más individual». El libro *Ninfeas*, de Juan Ramón Jiménez, lo prologa un soneto de Rubén.

Antonio Machado, cuya relación con Rubén dio comienzo en París, le dedicó «Los cantos de los niños», texto poético incluido en *Soledades* (1903); de Antonio Machado, y en el artículo «Nuevos poetas de España», luego recogido en su libro *Opiniones* (1906), escribe Rubén: «es quizá el más intenso de todos. La música de su verso va en su pensamiento. Ha escrito poco y meditado mucho. Su vida es la de un filósofo estoico»; refiriéndose ahora a su hermano Manuel, añade: «es fino, hábil y exquisito. Nutrido de la más flamante savia francesa»; se revela en muchas de sus poesías, concluye, como un perfecto verleniano. Gregorio Martínez Sierra, otro de los escritores en los años iniciales del siglo más influido por Rubén Darío, escribe sobre él en su libro *Motivos* (1906); textos poéticos de Rubén figuran como encabeza-

(22) J. RAMÓN JIMÉNEZ: «Ramón del Valle-Inclán (Castillo de quema)», *Páginas escojidas. Prosa*, 133-42 (Madrid, 1958). El artículo, también de J. RAMÓN JIMÉNEZ: «Rubén Darío» (1940), aparece reproducido en su obra *Españoles de tres mundos*, 121-25 (Madrid, 1960).

miento de las obras de Martínez Sierra *Teatro de ensueño* («Melancólica sinfonía de Rubén Darío») y *La casa de la primavera* («Balada en honor de las musas de carne y hueso»).

La relación de Rubén Darío con los poetas de la generación de 1886 en los primeros años del siglo ha sido sometida a comentario crítico, a valoración, por varios estudiosos del movimiento modernista. La primera referencia de interés la contiene el artículo de Manuel Machado «Los poetas de hoy» (23). Años después será Cansinos-Asséns quien afirme: «En el nombre de Darío se simbolizan todos los anhelos, todas las congojas y todos los triunfos de esta gesta lírica por la originalidad y la belleza que aún no está definitivamente cumplida» (24). En sus conversaciones con Ricardo Gullón (25), Juan Ramón Jiménez, recordando años juveniles, recuerda: «hubo un tiempo en que Machado [Antonio] y yo nos paseábamos por los altos del Hipódromo, en las tardes de verano, recitando versos de Darío»; con Rubén Darío, añade Juan Ramón, llegó a España el modernismo: «Darío nos trajo... un vocabulario nuevo que correspondía a una forma sensorial y no a una forma hueca, como creían algunos necios. Ese vocabulario nos llegó muy adentro». A la hora de su muerte, en cierto modo en nombre de todos los poetas que aprendieron de él nuevas formas de expresión, escribió Manuel Machado este «Epitafio»:

*Como cuando viajabas, hermano, estás ausente,
y llena está de ti la soledad que espera
tu retorno... ¿Vendrás? En tanto, Primavera
va a revestir los campos, a desatar la fuente.*

*En el día, en la noche... Hoy, ayer... En la vaga
tarde, en la aurora perla, resuenan tus canciones.*

*Y eres en nuestras mentes, y en nuestros corazones
rumor que no se extingue, lumbre que no se apaga.*

*Y en Madrid, en París, en Roma, en la Argentina
te aguardan... Donde quiera tu cítara divina
vibró, su son pervive, sereno, dulce, fuerte...*

*Solamente en Managua hay un rincón sombrío
donde escribió la mano que ha matado a la Muerte:
Pasa, viajero, aquí no está Rubén Darío.*

LUIS S. GRANJEL
Gran Vía, 19, 2.º derecha
SALAMANCA

(23) Incluido en *La guerra literaria (1898-1914)*, 15-38. Madrid, 1914.

(24) R. CANSINOS-ASSÉNS: «Rubén Darío», *Poesías y prosistas del Novecientos*, 9-21. Madrid, 1919.

(25) R. GULLÓN: *Conversaciones con Juan Ramón*, 51 y 56. Madrid, 1958. Sobre el modernismo, episodio fundamental en la historia de la literatura española contemporánea, cf. la obra del mismo autor: *Direcciones del Modernismo* (Madrid, 1963).



